

VI PALABRAS FINALES

Esta investigación representa un modesto aporte, a través de un acercamiento novedoso, al estudio de la disponibilidad léxica. Por primera vez se ha intentado observar en tiempo real los cambios ocurridos en las nóminas del léxico disponible de una comunidad hispanohablante, en particular, la de la República Dominicana durante el período comprendido entre 1990 y 2008.

Una vez concluido su procesamiento computacional, los datos fueron sometidos a dos tipos de análisis. Por un lado, se realizó un cotejo cuantitativo para determinar los posibles cambios en los índices del número de vocablos enunciados por cada informante y en el grado de riqueza léxica según el nivel sociocultural, el sexo y la procedencia de los hablantes. El estudio cuantitativo fue complementado con el examen de las palabras mismas producidas por los sujetos para descubrir las transformaciones cualitativas ocurridas a lo largo de una generación y las diferencias asociadas con los diversos factores considerados. El análisis permitió conocer, además, las unidades léxicas específicas que han aumentado o que mantienen un alto grado de disponibilidad en la comunidad y, por otra parte, las que han desaparecido o han perdido vigencia.

Los resultados obtenidos fundamentan la formulación de varias conclusiones. En primer lugar, desde el punto de vista cualitativo, se comprueba que existen grandes diferencias en la variabilidad léxica dentro de un centro de interés en comparación con la que experimenta otro. Los vocablos de ciertas áreas semánticas, como son *el cuerpo humano* o *los animales*, por lo general tienden a mantenerse estáticos y relativamente inmunes a los cambios, debido sobre todo a la naturaleza inamovible de la realidad a la que se refieren; en contraposición, los de otros campos, como *comidas y bebidas*, *la ropa* o *juegos y diversiones*, son dinámicos y facilitan la variación, porque se refieren a realidades cambiantes, condicionadas por una serie de circunstancias históricas, sociales, culturales y económicas.

Como suele suceder en todos los ámbitos del comportamiento humano, rara vez existe una causa única para producir la variación léxica. Lo que ocurre con mayor frecuencia es la acción conjunta de múltiples fenómenos. Hay razones para concluir, por tanto, que en los procesos de cambio que llevan a la caducidad y al envejecimiento a una cantidad de términos tradicionales, por un lado, y a la incorporación de unidades nuevas, por el otro, desempeñan un papel importante

varios factores. Entre ellos, algunos de los más importantes son las necesidades de comunicación, la influencia extranjera, o simplemente la moda.

A manera de ilustración de tales cambios, se ofrecen aquí unos pocos ejemplos de palabras que han desaparecido del inventario léxico que los dominicanos tienen a su disposición, o que al menos están en vías de convertirse en arcaicas, de acuerdo con los datos de la presente investigación.

En comidas y bebidas:

coconete, jalea, malagueta, mortadela y patilla.

En juegos y diversiones:

balonazo, caperucita roja, el avioncito, el perrito ayudante.

En la ropa:

chalina, corpiño, cretona, justillo.

Por el contrario, son ejemplos de palabras nuevas o que han aumentado su nivel de disponibilidad a lo largo de los últimos 20 años:

En comidas y bebidas:

capuchino, chalupa, cheesecake, cheeseburger, churrasco, enchilada, fondue, guacamole, quesadilla, tamal, wrap.

En juegos y diversiones:

celular, chatear, game boy, game cube, Internet, ipod y play station.

En la ropa:

baggy, bajimama, capris, colalé, jeans, legging, t-shirt, sudadera.

Asimismo, se observa otro tipo de movilidad léxica en el centro de interés *la escuela*. El primer miembro de las parejas de sinónimos *butaca* y *pupitre*, *pizarra* y *pizarrón*, *lapicero* y *bolígrafo*, preferido ya en la encuesta de 1990 por la mayoría de los informantes, en 2008 incrementa notablemente la primacía sobre su rival. En la investigación se descubre que en tanto las palabras *butaca*, *pizarra* y *lapicero* aumentan de manera significativa sus índices de disponibilidad, *pupitre*, *pizarrón* y *bolígrafo* los reducen.

Con respecto a las variantes léxicas *cerdo* y *puerco*, en el campo léxico *comidas* y *bebidas*, se puede observar un paulatino desplazamiento del segundo término por el primero. *Cerdo* ha mejorado su índice de disponibilidad: de 0.03652, en 1990, sube a 0.04708, en 2008. Por su parte, la palabra *puerco* lo ha empeorado, bajando desde 0.03487 (y lugar 75) en 1990, hasta 0.01927 (y lugar 127) en

2008. Esto permite pensar que este vocablo tal vez está sufriendo un proceso de degradación, probablemente porque muchos hablantes, por la razón que sea, lo consideran ahora vulgar o quizá menos elegante y apropiado que su alternativa semántica: *cerdo*.

La movilidad léxica anteriormente descrita revela que, al igual que toda lengua, el español dominicano es un sistema dinámico y variable, cuyo vocabulario cambia constantemente: por un lado, elimina palabras y, por el otro, las añade, de acuerdo con la volubilidad de las circunstancias históricas, económicas y sociales. Vale afirmar, por tanto, que el léxico de los dominicanos ya no se caracteriza por el matiz antiguo y conservador que le atribuía Pedro Henríquez Ureña en su época.

Desde el punto de vista cuantitativo, por otra parte, se comprueba que los informantes tienen mayor disponibilidad, es decir, cuentan con mayor riqueza léxica, tanto antes como ahora, en los mismos centros de interés: *los animales, comidas y bebidas, el cuerpo humano*. Sucede lo mismo a la inversa. Los centros en los que cada sujeto logró la menor cantidad de palabras son iguales en ambas encuestas: *objetos colocados en la mesa para la comida, iluminación y aire acondicionado, trabajos del campo y del jardín*. En concreto, para los hablantes dominicanos esto quiere decir que si alguien tiene que hablar acerca de los tres últimos temas, es capaz de producir apenas una tercera parte del total de palabras que puede decir si la conversación gira en torno a los tres primeros. En los campos *iluminación y aire acondicionado* y en *trabajos de campo y del jardín*, por ejemplo, cada informante enunció un promedio de 8 palabras, en tanto que en los centros *comidas y bebidas* y en los *animales*, sobrepasó las 24.

Se confirma, además, que dos de los tres factores extralingüísticos considerados ejercen muy poca influencia en la variabilidad de los resultados. Con respecto al sexo, de manera coherente con los resultados alcanzados por otras investigaciones sobre disponibilidad léxica, las mujeres aventajan a los hombres en cuanto a la cantidad de palabras que manejan en la mayoría de los centros de interés, pero en proporciones tan pequeñas que se pueden considerar más bien irrelevantes. Lo mismo vale decir de la procedencia regional. Los jóvenes de la zona norte del país logran apenas una pequeña ventaja sobre sus colegas de la región sur.

Sin embargo, tal como ocurre en otras partes del mundo hispánico, el nivel sociocultural de los hablantes crea una diferencia muy importante en los resultados cuantitativos. En ambas encuestas queda demostrado que existe una relación proporcional entre el nivel sociocultural y la disponibilidad léxica: en la medida en que asciende el nivel sociocultural de los sujetos, se eleva también de manera sistemática la cantidad de palabras que tienen disponibles en todos los centros de

interés estudiados. En otras palabras, el promedio de respuestas por informante permite establecer un patrón jerárquico de variación muy regular que desde el nivel alto desciende hasta el bajo en todos los campos léxicos.

En el corpus recogido en 1990, el promedio de palabras diferentes producidas por los hablantes del nivel alto fue de 293, es decir, 18 por cada centro de interés; los del nivel medio promediaron 258 (16 por cada centro de interés); los del nivel bajo, por su parte, alcanzaron en conjunto 208, lo que equivale a un promedio de 13 palabras por sujeto en cada centro. Al comparar los dos extremos de la escala social, se descubre que los jóvenes del grupo alto aventajan a los del bajo en una proporción de 4 a 3: por cada 4 palabras disponibles en el sociolecto alto, el bajo solo cuenta con 3.

Los resultados de la segunda investigación dibujan el mismo patrón regular generado por el factor sociocultural. Los estudiantes de nivel social alto promedian 315 palabras (19.68 por cada centro de interés); los del nivel medio producen una media de 275 términos (17 por cada centro); y los del grupo social bajo apenas promedian 202 palabras (poco más de 12 en cada centro de interés).

En consecuencia, los datos anteriores manifiestan una profundización de la diferencia entre los dos grupos extremos al cabo de poco menos de 20 años. Ahora el promedio de palabras disponibles por sujeto en cada centro de interés no arroja como antes una relación de 4 a 3 (18 frente a 13 palabras por centro) a favor de los hablantes del grupo más alto, sino de casi 5 a 3, ya que en tanto estos manejan un promedio de 19.68 unidades léxicas por centro ($315.25 \div 16$), los otros solo tienen a su alcance 12.6 ($201.92 \div 16$). En otras palabras, la distancia entre ambos grupos se aleja de 5 a 7 palabras por cada centro de interés. De acuerdo con esto, los jóvenes del grupo bajo solamente disponen del 64% del léxico con el que cuentan los del grupo alto. Tales resultados representan un reflejo bastante fiel de la progresiva desigualdad socioeconómica que divide a la población del país. En este sentido, así como con el paso de los años parece haberse ensanchado la brecha social en la República Dominicana, de forma que los sectores privilegiados de la sociedad se han hecho cada vez más ricos y los grupos desfavorecidos económicamente han llegado a ser aún más pobres, por lo visto también ha ocurrido algo similar en el terreno de la competencia léxica de los ciudadanos.

Al poner punto final a estas líneas, y aunque no haya sido ese su objetivo inicial, parece lícito soñar con que tal vez pueda derivarse alguna aplicación práctica de este largo proceso de investigación. Ahora solo queda esperar que los resultados expuestos en estas páginas se conviertan, con suerte, al menos en un estímulo para la elaboración de un plan que procure fortalecer la riqueza léxica de los jóvenes estudiantes dominicanos, especialmente la de esa mayoría que asiste a las escuelas públicas del país.